

San Leonardo de Porto-Mauricio (1676-1751)

EL TESORO ESCONDIDO DE LA SANTA MISA

3ª Edición

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla**

ISBN: 84.7770-155-5

D.L.: Gr. 331-2002

Impreso en España

Printed in Spain

LECTOR

San Leonardo de Porto-Mauricio, nacido en 1676, ingresa en la Orden Franciscana en 1697 y al año siguiente hace la profesión religiosa. Durante algún tiempo regenta la Cátedra de Filosofía, pero tiene que abandonarla por falta de salud. Para recuperarla lo envían a Nápoles, y luego a Porto-Mauricio. Pero lo que no logran el cambio de aires ni la medicina, se lo consigue la Santísima Virgen. Después de cinco años de penosa enfermedad con continuos vómitos de sangre, sanó milagrosamente al prometer a la Santísima Virgen consagrar su vida a la conversión de los pecadores, ministerio que cumplió infatigablemente durante casi medio siglo. Fruto de su espíritu apostólico son sus numerosos sermones, cartas de dirección y opúsculos de piedad, entre los cuales, uno de los más importantes es este que hoy tienes en tus manos.

En sus misiones Dios le ayudaba con numerosos milagros consiguiendo un éxito arrollador: en San Germán, las campanas tocan por sí solas anunciando su llegada; el granizo asola las cosechas de un pueblo que se niega a recibirle...

Raros, rarísimos son los reacios a su llamamiento, aun en circunstancias en que la prudencia huma-

na prevé imposible la victoria, como sucede en Gaeta y Liorna donde un escandaloso baile de máscaras acaba en procesión penitencial.

Mas el secreto de su éxito no estriba en su elocuencia sino en su santidad: en su Misa diaria celebrada cada vez con mayor fervor: en la sangre redentora de Cristo que ofrece diariamente al Padre por la conversión de los pecadores.

¡Ojalá con la lectura de este libro Dios ilumine nuestras almas para que aprendamos a aprovecharnos de este inapreciable Tesoro Escondido!

INTRODUCCION

He aquí, amado lector, una verdadera joya que te ofrece un santo, para enseñarte el camino de la más alta santidad. Le llama “*Tesoro Escondido*”, porque ciertamente eso es la Santa Misa: el mayor de los tesoros que tenemos los cristianos en este mundo: *escondido* a nuestros ojos y que solamente con la fe lo podemos descubrir.

1) ¿Qué es la Misa?

— La misa es el mismo sacrificio ofrecido en el ara de la Cruz por Jesucristo para la salvación de todos los hombres.

“Creemos que la Misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el sacramento del Orden, y ofrecido por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo Místico, es el sacrificio del Calvario, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares” (Credo del Pueblo de Dios).

La Misa no es una imagen o representación del sacrificio del Calvario, sino que es la *actualización* del mismo sacrificio del Calvario; así como la Eucaristía no es una imagen o representación de Jesucristo, sino que es el mismo Jesucristo vivo y glorioso escondido en el Sacramento.

El sacrificio de Jesucristo en la Cruz se reproduce ahora diariamente en la Santa Misa, sin que entre uno y otro haya diferencia alguna más que en el modo de ofrecerse: en la Cruz *sufrió* Jesucristo y ahora permanece *impasible y glorioso*. En la *Cruz* Jesucristo mereció por nosotros todas las gracias; y en la *Misa* nos aplica y distribuye todo ese tesoro de gracias.

“Hay que afirmar una vez más que el sacrificio Eucarístico consiste esencialmente en la inmolación incruenta de la Víctima divina, inmolación que es místicamente manifestada por la separación de las sagradas especies y por la oblación de las mismas hecha al Eterno Padre” (Pío XII, enc. Mediator Dei n. 114).

Misterio de fe: Con razón decimos que la Santa Misa es “*Misterio de fe*”, porque en ella todo permanece oculto y misterioso: en primer lugar está el *oferente*, que puede ser un sacerdote santo o pecador; pero tanto si es un santo como si es un pecador, quien actúa en el momento de la consagración es el mismo Cristo, diciendo: “ESTO ES MI CUERPO... ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE...” Porque en aquel momento es el mismo Cristo quien habla y se ofrece al Padre por el ministerio del sacerdote.

En segundo lugar está la *Víctima*, que permanece aún más oculta y misteriosa. El sacerdote consagra pan y vino, y sabemos por la fe que en el momento de la consagración desaparece el pan y el vino y en su lugar aparece Jesucristo. Sin embarog, nuestros ojos siguen viendo allí el pan y el vino que ya no existen, y no podemos ver a Jesucristo.

¿Por qué no podemos ver a Jesucristo?

— Porque Jesucristo quiere que se le crea y nos fiemos de El aunque no lo comprendamos.

Jesús dijo: *“Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo le daré es mi carne, para la vida del mundo.*

Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Jesús, empero, les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día, porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él” (Jn. 6,51-56).

Y lo que prometió lo cumplió en la Última Cena, cuando tomando Jesús el pan, después de bendecirlo lo partió, dio gracias y dándoselo a los discípulos, dijo: *“Tomad y comed: esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”* (Mt. 26,26; Lc. 22,19; 1 Cor. 11,24).

No podemos ver a Jesucristo en la Santa Hostia consagrada; pero lo creemos porque El lo dijo; y creyéndolo somos más dichosos que si lo viéramos, como El mismo dijo a Tomás: *“Tú has creído porque has visto; bienaventurados los que sin haber visto creyeren”* (Jn. 20,29).

2) ¿Qué vale la Misa?

Dice Bossuet: *“Nada hay más sublime en el mundo que Jesucristo, y nada más sublime en Jesucristo que su sacrificio”*.

Y siendo la Misa ese mismísimo Sacrificio de Cristo, se sigue que ella es lo más grande que tiene la Iglesia Católica.

Es de un valor infinito, de un valor de Dios, de un valor único.

Sea dicha por el Papa o por un sacerdote, por un santo o por un pecador, concelebrada o no concelebrada, etc., su valor no cambia.

No se puede comparar.

Oigamos a San Alfonso M.^a de Ligorio:

—“Dios no puede hacer que haya obra más grande, ni más sacro-santa que la celebración de una Misa” (Selva P.I,c.7).

—“La Misa es la acción más santa y más agradable a Dios que se puede llevar a cabo, tanto en razón de la víctima ofrecida, que es Jesucristo, víctima de dignidad infinita, cuanto en razón del primer oferente, que es el mismo Jesucristo, que se ofrece por manos del sacerdote” (Selva P.2,c.1).

—“Todos los sacrificios de la Antigua Ley, con los que tan honrado fue Dios, no eran sino sombra y figura del Sacrificio de nuestros altares. Cuantos honores han tributado y tributarán a Dios todos los ángeles con sus homenajes y todos los hombres con sus obras, penitencias y martirios, nunca pudieron ni podrán jamás tributar a Dios tanta gloria como la que le tributa una sola Misa; porque todos los honores de las criaturas son finitos, al paso que el honor que Dios recibe por medio de la Misa es un honor infinito, porque en ella se le ofrece una víctima de valor infinito” (Misa Atrop. P.I.c.I.).

“¿Cuál es el valor de todos los hombres en comparación con Jesucristo? ¿Qué somos todos los hombres ante Dios sino un poco de polvo?

Por eso el sacerdote que celebra una Misa, sacrificando a Jesucristo, tributa a Dios honra infinitamente mayor que la que todos los hombres le pudieran tributar muriendo por El, con el sacrificio de sus vidas” (Selva, P.I.c.I.).

Por eso no deben extrañarnos estas afirmaciones de algunos santos:

San Bernardo: “El que oye devotamente la Santa Misa, merece más que si se sacrificara haciendo una costosa peregrinación a Jerusalén y a todos los santos lugares y diese todos sus bienes a los pobres”.

San Alberto Magno: “El que celebra o asiste a la Santa Misa y reflexiona sobre su valor infinito, y hace formal intención de dar con ella toda la gloria posible a Dios, merece más que si ayunara a pan y agua todo un año y que si se azotara hasta derramar toda la sangre de sus venas, o rezara trescientas veces el Salterio entero”.

Siendo la Misa como es de valor infinito, bastaría una sola para reparar, con gran sobreabundancia, todos los pecados del mundo y liberar de sus penas a todas las almas del purgatorio. Sin embargo, este efecto infinito no se nos aplica en toda su plenitud, sino en grado limitado y finito, según las disposiciones de nuestra alma. Está claro que no gana igual el que oye la Misa con tibieza y poca devoción que el que la oye con gran fervor y extraordinaria devoción.

No obstante, aun independientemente de nuestras disposiciones, la Misa como los demás Sacramentos, confieren la gracia *ex opere operato*, esto es, por su propia virtud intrínseca independientemente de las disposiciones del sujeto, con tal, naturalmente, que no ponga obstáculos a la gracia (cf. D 849-50).

Es de fe que el valor de una Misa es infinito; pero ese valor no se nos aplica a nosotros en su totalidad sino en cierta medida según nuestras disposiciones.

El mérito sobrenatural se valora, ante todo, por la virtud de la caridad. La intensidad del amor de Dios con que se realiza una acción determina el grado de su mérito.

Pero hay dos clases de mérito el de *condigno*, que se funda en razones de justicia, y el de *congruo*, que no se funda en razones de justicia ni tampoco en pura gratitud, sino en la liberalidad del que recompensa. Por tanto, dos acciones hechas con la misma intención y el mismo grado de caridad, aunque en justicia pueda parecer que deba corresponderles el mismo mérito, en la práctica podrá haber un mérito muy desigual, porque *congruamente* Dios haya querido recompensarla más.

Por eso, por la Misa, porque en ella se ofrece la Víctima más agradable a Dios, es por donde Dios nos concede mayores gracias.

¡Ojalá todos sepamos aprovecharlas!

CAPITULO I

EXCELENCIA, NECESIDAD Y UTILIDADES DE LA SANTA MISA

Antes de principiar te diré que este Santo Sacrificio se llama *Misa*, esto es, *enviada*, porque representa la legación que media entre Dios y el hombre; pues Dios envía a su

Hijo al altar, y de aquí la Iglesia le envía a su Eterno Padre para que interceda por los pecadores.

(San Buenaventura, *In exp. Miss.*)

1. Mucha paciencia se necesita para tolerar el contagioso lenguaje de algunos libertinos que con frecuencia se atreven a difundir proposiciones escandalosas, que tienen sabor de muy pronunciado ateísmo, y son un veneno para la piedad cristiana.

“Una Misa más o menos, dicen, poco importa”.

“Ya no es tan poca cosa oír Misa los días de obligación”.

“La Misa de tal sacerdote es una Misa de Semana Santa: y cuando lo veo acercarse al altar escapo de la Iglesia”.

Los que así se expresan dan bien a entender que en poco, mejor dicho, que en nada aprecian el adorable sacrificio de la Misa. ¿Sabes, querido lector, lo que es en realidad la Santa Misa? Es el sol del mundo cristiano, el alma de la fe, el centro de la Religión Católica, hacia el cual convergen todos los ritos, todas las ceremonias y todos los Sacramentos; en una palabra, es el compendio de todo lo bueno, de todo lo bello que hay en la Iglesia de Dios. Medita, pues, atentamente, piadoso lector, lo que voy a decirte en estas páginas para tu instrucción.

Excelencia del Santo Sacrificio de la Misa

2. Es una verdad incontestable, que todas las religiones que existieron desde el principio del mundo establecieron algún sacrificio que constituyó la parte esencial del culto debido a Dios: empero, como

sus leyes eran o viciosas o imperfectas, también los sacrificios que prescribían participaban de sus vicios o de sus imperfecciones. Nada más vano que los sacrificios de los idólatras, y por consiguiente no hay necesidad de mencionarlos. En cuanto a los de los hebreos, aun cuando profesaban entonces la verdadera Religión, eran también pobres e imperfectos, pues sólo consistían en figuras: *Infirma et egena elementa*, según expresión del Apóstol San Pablo, porque no podían borrar los pecados ni conferir la gracia divina.

El sacrificio, pues, que poseemos en nuestra Santa Religión es el de la Santa Misa, el único sacrificio santo y de todo punto perfecto. Por medio de él todos los fieles pueden honrar dignamente a Dios, reconociendo su dominio soberano sobre nosotros, y protestando al mismo tiempo su propia nada. Por esta razón el santo rey David le llama *Sacrificium iustitiae*, sacrificio de justicia, no sólo porque contiene al Justo por excelencia y al Santo de los Santos, o mejor dicho, a la Justicia y Santidad por esencia, sino porque santifica las almas por la infusión de la gracia y por la abundancia de dones celestiales que les comunica. Siendo, pues, este augusto Sacrificio el más venerable y excelente de todos, y a fin de que te formes la sublime idea que debes tener de un tesoro tan precioso, vamos a explicar sucintamente algunas de sus divinas excelencias, porque para explicarlas todas se necesitaba otra inteligencia superior a la nuestra.

1. El sacrificio de la Misa es igual al de la Cruz

3. La principal excelencia del santo sacrificio de la Misa es que debe ser considerado como esencial

y absolutamente el mismo que se ofreció sobre la cruz en la cima del Calvario, con esta sola diferencia: que el sacrificio de la cruz fue sangriento, y no se ofreció más que una vez, satisfaciendo plenamente el Hijo de Dios, con esta única oblación, por todos los pecados del mundo; mientras que el sacrificio del altar es un sacrificio incruento, que puede ser renovado infinitas veces, y que fue instituido para aplicar a cada uno en particular el precio universal que Jesucristo pagó sobre el Calvario por el rescate de todo el mundo. De esta manera, el sacrificio sangriento fue el medio de nuestra redención, y el sacrificio incruento nos da su posesión: el primero nos franquea el inagotable tesoro de los méritos infinitos de nuestro divino Salvador; el segundo nos facilita el uso de ellos poniéndolos en nuestras manos. La Misa, pues, no es una simple representación o la memoria únicamente de la Pasión y muerte del Redentor, sino la reproducción real y verdadera del sacrificio que se hizo en el Calvario; y así con toda verdad puede decirse que nuestro divino Salvador, en cada Misa que se celebra, renueva místicamente su muerte sin morir en realidad, pues está en ella vivo y al mismo tiempo sacrificado e inmolado: "*Vidi (...) agnum stantem tamquam occisum*".

En el día de Navidad la Iglesia nos representa el Nacimiento del Salvador; sin embargo, no es cierto que nazca en este día cada año. En el día de la Ascensión y Pentecostés, la misma Iglesia nos representa a Jesucristo subiendo a los cielos y al Espíritu Santo bajando a la tierra; sin embargo, no es verdad que en todos los años y en igual día se renueve la Ascensión de Jesucristo al cielo, ni la venida visible del Espíritu Santo sobre la tierra. Todo esto es enteramen-

te distinto del misterio que se verifica sobre el altar, en donde se renueva realmente, aunque de una manera incruenta, el mismo sacrificio que se realizó sobre la cruz con efusión de sangre. El mismo Cuerpo, la misma Sangre, el mismo Jesús que se ofreció en el Calvario, el mismo es el que al presente se ofrece en la Misa.

Esta es la obra de nuestra Redención, que continúa en su ejecución, como dice la Iglesia: *Opus nostrae redemptionis exercetur*. Si exercetur; se ofrece hoy sobre los altares el mismo sacrificio que se consumó sobre la cruz.

¡Oh, qué maravilla! Pues dime por favor. Si cuando te diriges a la Iglesia para oír la Santa Misa reflexionaras bien que vas al Calvario para asistir a la muerte del Redentor, ¿irías a ella con tan poca modestia y con un porte exterior tan arrogante? Si la Magdalena al dirigir sus pasos al Calvario se hubiese prosternado al pie de la cruz, estando engalanada y llena de perfumes, como cuando deseaba brillar a los ojos de sus amantes, ¿qué se hubiera pensado de ella? Pues bien; ¿qué se dirá de ti que vas a la Santa Misa adornado como para un baile? ¿Y qué será si vas a profanar un acto tan santo con miradas y señas indecentes, con palabras inútiles y encuentros culpables y sacrílegos? Yo digo que la iniquidad es un mal en todo tiempo y lugar; pero los pecados que se cometen durante la celebración del santo sacrificio de la Misa y en presencia de los altares, son pecados que atraen sobre sus autores la maldición del Señor: *Maledictus que facit opus Domini fraudulenter*. Medítalo atentamente mientras que te manifiesto otras maravillas y excelencias de tan precioso tesoro.

2. El santo sacrificio de la Misa tiene por principal sacerdote al mismo Jesucristo.

4. Imposible parece poderse hallar una prerrogativa más excelente del sacrificio de la Misa, que el poderse decir de él que es, no sólo la copia, sino también el verdadero y exacto original del sacrificio de la cruz; y, sin embargo, lo que lo realza más todavía, es que tiene por sacerdote un Dios hecho hombre. Es indudable que en un sacrificio hay tres cosas que considerar: el sacerdote que lo ofrece, la Víctima que ofrece, y la majestad de Aquél a quien se ofrece. He aquí, pues, el maravilloso conjunto que nos presenta el santo sacrificio de la Misa bajo estos tres puntos de vista. El sacerdote que lo ofrece es un Hombre-Dios, Jesucristo; la víctima ofrecida es la vida de un Dios, y aquél a quien se ofrece no es otro que Dios. Aviva, pues, tu fe, y reconoce en el sacerdote celebrante la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo. El es el primer sacrificador, no solamente por haber instituido este sacrificio y porque le comunica toda su eficacia en virtud de sus méritos infinitos, sino también porque, en cada Misa, El mismo se digna convertir el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre preciosísima. Ve, pues, cómo el privilegio más augusto de la Santa Misa es el tener por sacerdote a un Dios hecho hombre. Cuando consideres al sacerdote en el altar, ten presente que su dignidad principal consiste en ser el ministro de este Sacerdote invisible y eterno, nuestro Redentor. De aquí resulta que el sacrificio de la Misa no deja de ser agradable a Dios, cualquiera que sea la indignidad del sacerdote que celebra, puesto que el principal sacrificador es Jesucristo Nuestro Señor, y el sacerdote

visible no es más que su humilde ministro. Así como el que da limosna por mano de uno de sus servidores es considerado justamente como el donante principal; y aun cuando el servidor sea un pérfido y un malvado, siendo el señor un hombre justo, su limosna no deja de ser meritoria y santa.

¡Bendita sea eternamente la misericordia de nuestro Dios por habernos dado un sacerdote santo, santísimo, que ofrece al Eterno Padre este Divino Sacrificio en todos los países, puesto que la luz de la fe ilumina hoy al mundo entero! Sí, en todo tiempo, todos los días y a todas horas; porque el sol no se oculta a nuestra vista sino para alumbrar a otros puntos del globo; a todas horas, por consiguiente, este Sacerdote santo ofrece a su Eterno Padre su Cuerpo, su Sangre, su Alma, a sí mismo, todo por nosotros, y tantas veces como Misas se celebren en todo el universo. ¡Oh, qué inmenso y precioso tesoro! ¡Qué mina de riquezas inestimables poseemos en la Iglesia de Dios! ¡Qué dicha la nuestra si pudiéramos asistir a todas esas Misas! ¡Qué capital de méritos adquiriríamos! ¡Qué cosecha de gracias recogeríamos durante nuestra vida, y qué inmensidad de gloria para la eternidad, asistiendo con fervor a tantos y tan Santos Sacrificios!

5. Pero, ¿qué digo, asistiendo? Los que oyen la Santa Misa, no solamente desempeñan el oficio de asistentes, sino también el de oferentes; así que con razón se les puede llamar sacerdotes: *Fecisti nos Deo nostro regnum, et sacerdotes*. El celebrante es, en cierto modo, el ministro público de la Iglesia, pues obra en nombre de todos: es el mediador de los fieles, y particularmente de los que asisten a la Santa Misa, para con el Sacerdote invisible, que es Jesucristo

Nuestro Señor; y juntamente con El, ofrece al Padre Eterno, en nombre de todos y en el suyo, el precio infinito de la redención del género humano. Sin embargo, no está solo en el ejercicio de este augusto misterio; con él concurren a ofrecer el sacrificio todos los que asisten a la Santa Misa. Por eso el celebrante al dirigirse a los asistentes, les dice: Orate, fratres: “Orad hermanos, para que mi sacrificio, que también es el vuestro, sea agradable a Dios Padre todopoderoso”. Por estas palabras nos da a entender que, aun cuando él desempeña en el altar el principal papel de ministro visible, no obstante todos los presentes hacen con él la ofrenda de la Víctima Santa.

Así pues, cuando asistes a la Misa, desempeñas en cierto sentido las funciones de sacerdote. ¿Qué dices ahora? ¿Te atreverás todavía de aquí en adelante a oír la Santa Misa sentado desde el principio hasta el fin, charlando, mirando a todas partes, o quizás medio dormido, satisfecho con pronunciar bien o mal algunas oraciones vocales, sin fijar la atención en que desempeñas el tremendo ministerio de sacerdote? ¡Ah! Yo no puedo menos de exclamar: ¡Oh, mundo ignorante, que nada comprendes de misterios tan sublimes! ¡Cómo es posible estar al pie de los altares con el espíritu distraído y el corazón disipado, cuando los Angeles están allí temblando de respeto y poseídos de un santo temor a la vista de los efectos de una obra tan asombrosa!

3. El sacrificio de la Misa es el prodigio más asombroso de cuantos ha hecho la Omnipotencia divina

6. ¿Te admirarás acaso de oirme decir que la Santa Misa es una obra asombrosa? ¡Ah! ¿Tan poca cosa

es a tus ojos la maravilla que se verifica a la palabra de un simple sacerdote? ¿Qué lengua de hombres, ni aun de ángeles, podrá explicar jamás un poder tan ilimitado? ¿Quién hubiera podido concebir que la voz de un hombre, que ni aun puede sin algún esfuerzo levantar una paja, debería estar por gracia, dotada de una fuerza tan prodigiosa que obligase al Hijo de Dios a bajar del cielo a la tierra? Este es un poder mucho mayor que el de trasladar los montes de un lugar a otro, secar el Océano, o detener el curso de los astros. Este es un poder que de algún modo rivaliza con aquel primer Fiat, por medio del cual sacó Dios el mundo de la nada y que parece aventajar, en cierto sentido, al otro Fiat, por el cual la Santísima Virgen recibió en su seno al Verbo Eterno. Con efecto, la Santísima Virgen no hizo más que suministrar la materia para el Cuerpo del Salvador, que fue formado de su substancia, es decir, de su preciosísima sangre, pero no por medio de Ella, ni de su operación; mientras que la voz del sacerdote, en cuanto obra como instrumento de Nuestro Señor Jesucristo, en el acto de la consagración reproduce de una manera admirable al Hombre-Dios, bajo las especies sacramentales, y esto tantas cuantas veces consagra.

El Beato Juan el Bueno de Mantua con un milagro hizo conocer en cierto día esta verdad a un ermitaño, compañero suyo. No podía éste comprender que la palabra del sacerdote fuese bastante poderosa para convertir la substancia del pan y del vino, en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; y, lo que aún es más lamentable, cedió a las sugerencias del demonio. Tan pronto el venerable Siervo de Dios se apercibió del gravísimo error de su compañero, lo condujo cerca de una fuente, de la que

sacó un poco de agua, que le hizo tomar. El ermitaño, después de haberla bebido, declaró que jamás había gustado un vino tan delicado. Pues bien, le dijo entonces el Siervo de Dios, ¿véis lo que significa este prodigio? Si por mi mediación, y eso que no soy más que un miserable mortal, la virtud divina ha mudado el agua en vino, ¿con cuánta mayor razón debéis creer que por medio de las palabras del sacerdote, que son las palabras del mismo Dios, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Quién, pues, se atreverá a fijar límites a la omnipotencia de Dios? Esto bastó para ilustrar a aquel afligido solitario, quien, alejando de repente todas las dudas que atormentaban su alma, hizo una austera penitencia de su pecado.

Tengamos fe, pero fe viva, y confesaremos que son innumerables las maravillosas excelencias contenidas en este adorable Sacrificio. Entonces no nos asombraremos viendo renovarse a cada instante, y en mil y mil lugares diversos, el prodigio de la multiplicación de la Humanidad sacratísima del Salvador, por la cual goza de una especie de inmensidad no concedida a ningún otro cuerpo, y reservada a ella sola en recompensa de una vida inmolada al Altísimo. Esto es lo que el demonio, hablando por boca de una obsesa o endemoniada, hizo comprender a un judío incrédulo, valiéndose de una comparación material y ordinaria. Encontrábase este judío en una plaza pública con otras muchas personas entre las cuales estaba la obsesa, cuando vio pasar un sacerdote que, seguido de una numerosa comitiva, llevaba a un enfermo el Sagrado Viático. Todos se arrodillaron al instante para adorar al Santísimo Sacramento; pero el judío permaneció inmóvil y no dio la menor señal

de respeto. Apercibióse de ello la obsesa, se levantó con ira, y dando al judío un fuerte bofetón, le quitó con violencia su sombrero. “Desgraciado, le dice ¿por qué no rindes homenaje al verdadero Dios, que está presente en este Divino Sacramento? —¿Qué verdadero Dios? replicó el judío; si así fuese, pudiera decirse que había muchos dioses, puesto que cuando se celebra la Misa hay uno en cada altar”. Al oír estas palabras tomó la obsesa una criba, y poniéndola enfrente del sol, le dijo al judío que mirase los rayos que pasaban por medio de los agujeros, y enseguida añadió: “Dime, judío, ¿son muchos los soles que atraviesan esta criba, o no hay más que uno?” El judío contestó que sólo había uno, no obstante la multiplicación de rayos. “¿Por qué te asombras, pues, repuso la obsesa, de que un Dios hecho hombre, aunque uno, indivisible e inmutable, se ponga por un exceso de amor, real y verdaderamente presente bajo los velos del Sacramento y sobre muchos altares a la vez?” Esta reflexión fue bastante para confundir la perfidia del judío, que se vio obligado a confesar la verdad de la fe.

¡Oh fe santa! Necesitamos un rayo de tu luz para repetir con fervor: ¿Quién se atreverá jamás a fijar límites a la omnipotencia de Dios? La sublime idea que Santa Teresa de Jesús había concebido de esta omnipotencia, le hacía decir a menudo, que cuanto más profundos e inaccesibles a nuestro entendimiento eran los misterios de nuestra Religión, más se adhería a ellos, con más firmeza y devoción, sabiendo muy bien que el Todopoderoso puede hacer, si es de su divino agrado, prodigios infinitamente más admirables que todo cuanto vemos. Aviva, pues, mucho tu fe, y confesarás que este Divino Sacrificio es el mi-

lagro de los milagros, la maravilla de las maravillas, y que su principal excelencia consiste en ser incomprendible a nuestra débil inteligencia, y lleno de asombro dí una y mil veces: ¡Ah qué gran tesoro! ¡Cuán inmenso es! Pero si su prodigiosa excelencia no basta a conmoverte, te convencerás, sin duda, en vista de la suprema necesidad que tenemos de este Santísimo Sacrificio.

CAPITULO II

NECESIDAD DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA PARA APLACAR LA IRA DE DIOS

7. ¿Qué sería del mundo si llegase a verse privado del sol? ¡Ay! No habría en él más que tinieblas, espanto, esterilidad, miseria horrible. Y ¿qué sería de nosotros faltando del mundo la Misa? ¡Ah! ¡desventurados de nosotros! Estaríamos privados de todos los bienes, oprimidos con el peso de todos los males; estaríamos expuestos a ser el blanco de todos los rayos de la ira de Dios. Admiránse algunos al ver el cambio que, en cierta manera, se ha verificado en la conducta de la providencia de Dios con respecto al gobierno de este mundo. Antiguamente se hacía llamar: *El Dios de los ejércitos*. Hablaba a su pueblo en medio de nubes y armado de rayos, y de hecho lo castigaba con todo el rigor de su divina justicia. Por un solo adulterio hizo pasar a veinticinco mil personas de la tribu de Benjamín. Por un ligero

sentimiento de orgullo que dominó al rey David, por contar su pueblo, Dios le envió una peste tan terrible, que en muy pocas horas perecieron setenta mil personas¹. Por haber mirado los betsamitas el Arca Santa con mucha curiosidad y poco respeto, Dios quitó la vida a más de cincuenta mil². Y ahora, he aquí que este mismo Dios sufre con paciencia, no sólo la vanidad y las ligerezas de la inconstancia, sino también los adulterios más asquerosos, los escándalos más repugnantes y las blasfemias más horribles, que un gran número de cristianos vomitan continuamente contra su santo nombre. ¿Cómo, pues, se concibe esto? ¿Por qué tal diversidad de conducta? ¿Nuestras ingratitudes serán hoy más excusables que lo eran en otros tiempos? No, por cierto; antes al contrario, son mucho más criminales en razón de los inmensos beneficios de que hemos sido colmados. La verdadera causa de esa clemencia admirable por parte de Dios es la Santa misa, en la que el Cordero sin mancha se ofrece sin cesar al Eterno Padre como víctima expiatoria de los pecados del mundo. He ahí el

¹ 1 Pat. 21, 1-17. (N. del E.)

² 1 Sam. 6, 19. Sobre este pasaje, véase:

“Sin duda los betsamitas miraron el Arca con curiosidad registrando su contenido y tocándolo todo lo cual estaba prohibido hasta a los levitas (Núm. 4, 5 y 20).

El número elevado de cincuenta mil muertos en una pequeña ciudad se debe a un error del copista. Flavio Josefo hablaba de setenta muertos”. (Nota de Straubinger).

“El texto masorético y la Vulgata ponen aquí un estrago de los setenta varones por un lado y cincuenta mil por otro, muertos por mirar el arca. Se impone la corrección del texto según la versión de los LXX, que reduce los muertos a setenta”. (Nota de la Nácar-Colunga). (N. del E.)

sol que llena de regocijo a la Santa Iglesia, que disipa las nubes y deja el cielo sereno. He ahí el arco iris que apacigua las tempestades de la justicia de Dios. Yo estoy firmemente persuadido de que sin la Santa Misa, el mundo a la hora presente estaría ya abismado y hubiera desaparecido bajo el inmenso peso de tantas iniquidades. El adorable Sacrificio del altar es la columna poderosa que lo sostiene.

De lo dicho, pues, hasta aquí, bien puedes deducir cuán necesario nos es este divino Sacrificio; mas no basta el que así sea, si no nos aprovechamos de él en las ocasiones. Cuando asistimos, pues, a la Santa Misa, debemos imitar el ejemplo del célebre Alfonso de Alburquerque. Viéndose este famoso conquistador de las Indias orientales en inminente peligro de naufragar con todo su ejército, tomó en sus brazos un niño que se hallaba en la nave, y elevándolo hacia el cielo, dijo: "Si nosotros somos pecadores, al menos esta tierna criatura libre está ciertamente de pecado. ¡Ah, Señor! por amor de este inocente, perdonad a los culpables". ¿Lo creerías? Agradó tanto al Señor la vista de aquel niño inocente, que, tranquilizado el mar, se trocó en alegría el temor a una muerte inminente. Ahora bien; ¿qué piensas que hace el Eterno Padre cuando el sacerdote, elevando la Sagrada Hostia entre el cielo y la tierra, le hace presente la inocencia de su divino Hijo? ¡Ah! Ciertamente su compasión no puede resistir el espectáculo de este Cordero sin mancha, y se siente como obligado a calmar las tempestades que nos agitan y socorrer todas nuestras necesidades. No lo dudemos; sin esta Víctima adorable, sacrificada por nosotros primeramente sobre la cruz, y después todos los días sobre nuestros altares, ya estaría decretada nuestra repro-

bación y cada cual hubiera podido decir a su compañero: ¡Hasta la vista en el infierno! ¡Sí, sí, hasta volver a vernos en el infierno!... Pero, gracias al tesoro de la Santa Misa que poseemos, nuestra esperanza se reanima, y nos asegura de que el paraíso será nuestra herencia. Debemos, pues, besar nuestros altares con respeto, perfumarlos con incienso por gratitud, y sobre todo honrarlos con la más perfecta modestia, puesto que de allí recibimos todos los bienes. No cesemos de dar gracias al Eterno Padre por habernos colocado en la dichosa necesidad de ofrecerle a menudo esta Víctima celestial, y todavía más por las utilidades inmensas que podemos reportar si somos fieles, no solamente en ofrecerla, sino en ofrecerla según los fines para que se nos ha concedido tan precioso don.

UTILIDADES QUE NOS PROPORCIONA EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

1. Nos hace capaces de pagar todas las deudas que tenemos contraídas con Dios.

8. Lo magnífico y lo bello son dos alicientes que ejercen un poderoso imperio sobre los corazones; pero la utilidad hace más que conmovernos, pues triunfa de ellos casi siempre, aun a despecho de las más fuertes repugnancias. Prescinde, por un momento si quieres, de la excelencia y necesidad de la Santa Misa; ¿podrás, sin embargo, prescindir de apreciar la suma utilidad que ella proporciona a los vivos y a los muertos, a los justos y a los pecadores, durante la

vida, en la hora de la muerte y aún más allá de la tumba?

Figúrate que eres aquel deudor del Evangelio que, cargado con la enorme deuda de diez mil talentos y llamado a rendir cuentas, se humilla en presencia de su acreedor, implora su indulgencia, y pide un plazo para satisfacer cumplidamente sus obligaciones: *Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi*. Y he ahí lo que en realidad debes hacer tú que tienes, no una, sino mil deudas que satisfacer a la Justicia divina. Humíllate y pide de plazo para pagarlas el tiempo que necesitas para oír la Santa Misa, y puedes estar seguro de que por este medio satisfacerás cumplidamente todas tus deudas. (Santo Tomás, 1.2, q. 102, a. 3, ad 10).

El Angélico doctor Santo Tomás explica cuáles son nuestras deudas u obligaciones para con Dios, y entre ellas cita especialmente cuatro, y todas son infinitas.

La primera, alabar y honrar la infinita majestad de Dios, que es digna de honores y alabanzas infinitas.

La segunda, satisfacer por los innumerables pecados que hemos cometido.

La tercera, darle gracias por los beneficios recibidos.

La cuarta, en fin, dirigirle súplicas, como autor y dispensador de todas las gracias.

Ahora bien: ¿cómo se concibe que nosotros, criaturas miserables que nada poseemos podamos, sin embargo, satisfacer deudas de tanto peso? He ahí el medio más fácil y el más a propósito para consolarlos y consolar al mundo. Procuremos asistir con la mayor atención al mayor número de Misas que nos

sea posible; hagamos celebrar muchas, y por exorbitantes que sean nuestras deudas, por más que sean sin número, no hay duda que podremos satisfacerlas completamente por medio del inagotable tesoro de la Santa Misa.

A fin de que estés mejor instruido acerca de estas deudas, y que tengas de ellas el conocimiento más perfecto posible, voy a explanarlas una por una, y seguramente te llenarás del inefable consuelo al ver las preciosas utilidades y las riquezas inagotables que puedes sacar de la mina que te descubro, para satisfacerlas todas.

2. Primera obligación: alabar y adorar a Dios

9. La primera obligación que tenemos para con Dios, es la de honrarle. La misma ley natural nos dicta que todo inferior debe homenaje a su superior; y cuanto más elevada sea su dignidad, mayores y más profundos deben ser los homenajes que se le tributen.

Resulta, pues, de aquí que, siendo la majestad de Dios infinita, le debemos un honor infinito. Pero ¡pobres de nosotros! ¿en dónde encontraremos una ofrenda que sea digna de nuestro Soberano Creador? Dirige una mirada a todas las criaturas del universo, y nada verás que sea digno de Dios. ¡Ah! ¿Qué ofrenda podrá ser jamás digna de Dios, sino el mismo Dios? Es preciso, pues, que Aquél que está sentado sobre su trono en lo más alto de los cielos, baje a la tierra y se coloque como víctima sobre sus propios altares, para que los homenajes tributados a su infinita majestad estén en perfecta relación con lo que ella merece. He aquí lo que se verifica en la Misa:

en ella Dios es tan honrado como lo exige su dignidad, puesto que Dios se honra a sí mismo. Jesucristo se pone sobre el altar en calidad de víctima, y por este acto de humillación inefable adora a la Santísima Trinidad tanto como es adorable: y de tal manera, que todas las adoraciones y homenajes que le tributan las puras criaturas desaparecen ante este acto de humillación del Hombre-Dios, como las estrellas ante la presencia de los rayos del sol.

Cuéntase que un alma santa, abrasada por el fuego del amor de Dios y llena del deseo de su gloria, exclamaba con frecuencia: “¡Dios mío, Dios mío! ¡Yo quisiera tener tantos corazones y lenguas como hojas hay en los árboles, átomos en los aires y gotas de agua en el mar, para amaros y alabaros tanto como merecéis! ¡Ah! ¡Quién me diera que yo pudiera disponer de todas las criaturas para ponerlas a vuestros pies, a fin de que todas se inflamasen de amor por Vos, con tal que yo os amase más que todas ellas juntas, más aún que los Angeles, más que los Santos, más que todo el paraíso!” Un día que ella se entregaba a estos dulcísimos transportes, oyó la voz del Señor que le decía: “Consuélate, hija mía; con asistir a una sola Misa con devoción me darás toda esa gloria que deseas, e infinitamente más todavía”.

¿Te admiras quizás de esta proposición? En este caso tu admiración no sería razonable. En efecto, como nuestro buen Salvador no es solamente hombre, sino también Dios verdadero y todopoderoso, al dignarse bajar sobre el altar tributa a la Santísima y adorable Trinidad, por esta humillación divina, una gloria y honor infinito, y por consiguiente nosotros, que concurrimos con El a ofrecer el augusto Sacrificio,

contribuimos también, por su mediación, a tributar a Dios homenajes y gloria de un precio infinito.

¡Oh qué acto tan grandioso! Repitémoslo una vez más, porque importa mucho el saberlo. Oyendo con devoción la Santa Misa, damos a Dios una gloria y honor infinitos. Confiesa, pues, en medio de tu admiración, que es una verdad incontestable la proposición arriba enunciada, a saber: que un alma que asiste a la Santa Misa con devoción, tributa a Dios más gloria que todos los Angeles y Santos con las adoraciones que le dirigen en el cielo. Como éstos no son más que puras criaturas, sus homenajes son limitados y finitos; mientras que en la Santa Misa Jesús es quien se humilla, Jesús cuyas humillaciones son de un mérito y precio infinito: de lo cual se deduce que la gloria y el honor que por su medio damos a Dios, ofreciéndole el santo sacrificio de la Misa, es una gloria y un honor infinitos. Y siendo esto así, ¡ah! ¡cuán dignamente satisfacemos nuestra primera obligación para con Dios asistiendo a la Santa Misa! ¡Oh mundo ciego e insensato! ¡Cuándo abrirás los ojos para comprender verdades tan importantes! Y habrá todavía quien tenga valor para decir: “Una Misa más o menos ¿qué importa?” ¡Qué ceguera tan deplorable!...

3. Segunda obligación: satisfacer a la Justicia divina por los pecados cometidos

10. La segunda obligación que tenemos para con Dios es la de satisfacer a su divina Justicia por tantos pecados como hemos cometido. ¡Ah, qué deuda ésta tan inmensa! Un sólo pecado mortal pesa de tal manera en la balanza de la Justicia divina, que para

expiarlo no bastan todas las obras buenas de los justos, de los Mártires y de todos los Santos que existieron, existen y han de existir hasta el fin del mundo. Sin embargo, por medio del santo sacrificio de la Misa, si se considera su mérito y su valor intrínseco, se puede satisfacer plenamente por todos los pecados cometidos. Fija bien aquí tu atención, y comprenderás una vez más lo que debes a Nuestro Señor Jesucristo. El es el ofendido, y a pesar de esto, no contento con haber satisfecho a la Justicia divina sobre el Calvario, nos dio y nos da continuamente en el santo sacrificio de la Misa el medio de aplacarla. Y a la verdad, en la Misa se renueva la ofrenda que Jesucristo hizo de sí mismo a su Eterno Padre sobre la cruz por todos los pecados del mundo; y la misma sangre que ha sido derramada por la redención del humano linaje es aplicada y se ofrece, especialmente en la Santa Misa, por los pecados del que celebra o hace celebrar este tremendo Sacrificio, y por los de todos cuantos asisten a él con devoción.

No es esto decir que el sacrificio de la Misa borre por sí mismo inmediatamente nuestros pecados de la Penitencia; sin embargo, los borra *mediatamentente*, esto es, por medio de movimientos interiores, de santas inspiraciones, de gracias actuales y de todos los auxilios necesarios que nos alcanzan para arrepentirnos de nuestros pecados, ya en el momento mismo en que asistimos a la Misa, ya en otro tiempo oportuno. Además, Dios sabe cuántas almas se han apartado del cieno de sus desórdenes en virtud de los auxilios extraordinarios debidos a este Divino Sacrificio. Advierte aquí que si el sacrificio, en cuanto es *propiciatorio*, no aprovecha al que se halla en pecado mortal, siempre le vale como *impetratorio*, y por

consiguiente todos los pecadores debían oír muchas Misas, a fin de alcanzar más fácilmente la gracia de su conversión y perdón.

En cuanto a las almas que viven en estado de gracia, la Santa Misa les comunica una fortaleza admirable para perseverar en tan dichoso estado, y borra inmediatamente, según la opinión más común, todos los pecados veniales, con tal que se tenga dolor general de ellos. Así lo enseña clara y terminantemente San Agustín. “El que asista con devoción a la Misa, dice este Santo Padre, será fortalecido para no caer en pecado mortal, y alcanzará el perdón de todas las faltas leves cometidas anteriormente”. Nada hay en esto que deba admirarse. Refiere San Gregorio El Grande (4 Dial. c. LVII), que una pobre mujer mandaba celebrar una Misa todos los lunes por el eterno descanso del alma de su marido, que había sido reducido a esclavitud por los bárbaros (y a quien creía muerto), y que las Misas le hacían caer las cadenas de sus manos y pies, de manera que durante el tiempo de la celebración del Santo Sacrificio el esclavo permanecía libre y desembarazado de sus hierros, según él mismo confesó a su mujer después de haber conseguido la libertad. Ahora bien: ¿Con cuánta mayor razón debemos creer en la eficacia del Divino Sacrificio, para romper los lazos espirituales, esto es, los pecados veniales, que tienen cautiva nuestra alma y la privan de aquella libertad y de aquel fervor con que obraría si estuviese libre de todo embarazo? ¡Oh Misa preciosa, que nos proporciona la libertad de los hijos de Dios y satisface todas las penas debidas por nuestros pecados!

11. Según eso, me dirás acaso, bastará oír o hacer celebrar una sola Misa para pagar las enormes

deudas contraídas por Dios por tantos pecados como hemos cometido, y satisfacer todas las penas por ellos merecidos, y toda vez que la Misa es de un precio infinito, y por ella se ofrece a Dios una satisfacción infinita. —Poco a poco, si te place—. Aunque la Misa es de un precio infinito, debes saber que Dios Nuestro Señor no la acepta, sin embargo, sino en una proporción más o menos limitada, según las disposiciones ya del que celebra el Sacrificio, ya del que lo manda celebrar, o del que asiste a él: *Quorum tibi fides cognita est, et nota devotio*: Aquellos cuya fe y devoción os son conocidos. Así se expresa la Iglesia en las oraciones del Canon, indicándonos por estas palabras lo que los teólogos nos enseñan formalmente, a saber: que la aplicación del mérito satisfactorio del sacrificio de la Misa, la mayor o menor extensión se mide por la mayor o menor disposición del que la celebra, o del que asiste a él o la manda celebrar, y aun de la persona por quien se celebra.

Considera, pues, el error en que están los que andan en busca de Misas más ligeras y de menor devoción; y lo que es todavía más lamentable, que asisten al Santo Sacrificio sin devoción alguna o con muy poca, y no hacen la más pequeña diligencia para dirigirse al sacerdote más fervoroso y devoto cuando mandan celebrar una Misa. Porque si bien es verdad que todas las Misas son iguales con respecto al Sacramento, como enseña Santo Tomás, sin embargo, distan bien de serlo en cuanto a los efectos que causan. Así pues, no debemos dudar que cuanto mayor es la piedad actual o habitual del celebrante, tanto más provechosa y abundante es la aplicación que hace de los frutos del Sacrificio; de lo que se deduce que el no distinguir entre un sacerdote tibio y un sacer-

dote fervoroso, es imitar al pescador que no halla diferencia entre una red grande u otra pequeña.

Preciso es decir lo mismo también a tantos cristianos que asisten a la Santa Misa. Aunque yo exhorto vivísimamente a que oigáis muchas Misas, os recomiendo, sin embargo, atendáis más a la devoción que al número de ellas. Si asistís a una sola Misa muy devotamente, dáis mayor gloria a Dios con aquella sola Misa y participáis más ampliamente aún de los frutos llamados *ex opere operato*, y que son debidos a la eficacia del sacrificio independientemente de nuestras disposiciones, que otro que oye cincuenta con poca devoción: "*In satisfactione magis attenditur affectus offerentis, quam quantitas oblationis*". (Santo Tomás, 3 p., q. 79, a. 5).

Y puede suceder (como asegura un autor muy acreditado) que con una sola Misa, oída con singular devoción, se satisfaga plenamente a la Justicia divina por todos los pecados que haya cometido el más grande pecador; y el Santo Concilio de Trento dice: "En virtud de la ofrenda de este adorable Sacrificio, al conceder Dios la gracia y el don de penitencia, otorga también el perdón de todos los pecados, por enormes e innumerables que sean: "*Hujus quippe oblatione placatus Dominus gratiam et donum poenitentiae concedens, crimina et peccata etiam ingentia dimittit*". (Ses. 22, c. II).

Sin embargo, como no tenéis conocimiento cierto, ni de las disposiciones interiores con que oís la Santa Misa, ni del grado de satisfacción que le corresponde, debéis tomar el partido más seguro de asistir a muchas Misas, y asistir con la mayor devoción posible. ¡Dichosos vosotros, sí, una y mil veces dichosos, si tenéis una gran confianza en la misericor-

dia de Dios y en este Divino Sacrificio, en donde brilla admirablemente! ¡Dichosos si asistís siempre a la Santa Misa con fe viva y con gran recogimiento! ¡Ah! en este caso os digo que podéis alimentar en el fondo de vuestro corazón la dulcísima esperanza de ir derechamente al Paraíso sin parar un instante en las penas del purgatorio. ¡A Misa, pues, a Misa! y sobre todo que vuestros labios no pronuncien jamás esta proposición escandalosa: “Una Misa más o menos poco importa”.

4. Tercera obligación: Acción de gracias a Dios por los beneficios recibidos.

12. La tercera obligación que tenemos para con Dios es la de darle gracias por los inmensos beneficios que debemos a su amor y a su liberalidad. Repasa con tu entendimiento todos los favores que has recibido de Dios, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia: el cuerpo y sus sentidos, el alma y sus potencias, la salud y la vida, que todo lo debemos a su infinita bondad. Añade a éstos la misma vida de Jesús, su Hijo, su misma muerte sufrida por nosotros, y conocerás no tener límites nuestra deuda por sus innumerables beneficios.

Ahora bien; ¿cómo podremos jamás corresponder debidamente a tantos beneficios? Si la ley de la gratitud es observada hasta por las fieras, cuya ferocidad natural se cambia alguna vez en un generoso obsequio a su bienhechor, ¿será esta ley menos sagrada para los seres dotados de razón y colmados por Dios de tantas gracias? Sin embargo, nuestra pobreza es tan grande, que no podemos pagar ni el menor de los beneficios que debemos a su liberalidad, por-

que el menor de ellos, por lo mismo que lo recibimos de una mano tan augusta, y que está acompañado de un amor infinito, adquiere un precio infinito, y nos obliga a un reconocimiento y acción de gracias igualmente infinito. Mas ¡ay! ¡cuán miserables somos! Si el peso de un solo beneficio nos oprime, ¿qué será, cuánto no deberá agobiarnos la incalculable multitud de los favores celestiales? —Henos, pues, condenados forzosamente a vivir y morir en la ingratitud para con nuestro soberano Bienhechor—. Pero no, consolémonos; pues el santo rey David nos indica ya el medio de satisfacer plenamente esta deuda de gratitud a los beneficios de nuestro Dios. Previendo en espíritu el Divino Sacrificio de nuestros altares, el Profeta Rey proclama abiertamente que nada hay en el mundo que sea capaz de dar a Dios las acciones de gracias que le son debidas, a no ser la Santa Misa. ¿Qué daré yo al Señor en recompensa de los beneficios que me ha hecho? “*Quid retribuam Domino omnibus quae retribuit mihi?*”. Y dándose a sí mismo la respuesta, dice: Yo elevaré hacia el cielo el cáliz del Salvador: “*Calicem salutaris accipiam*”; es decir: yo le ofreceré un sacrificio que le será infinitamente agradable, y con esto solo yo satisfaré la deuda que tengo contraída por tantos y tan preciosos beneficios.

Añade que nuestro Divino Redentor ha instituido este sacrificio principalmente con este fin; quiero decir, para manifestar a Dios nuestro reconocimiento y darle gracias. Por eso se le da por antonomasia el nombre de Eucaristía: palabra que significa acción de gracias. El mismo Salvador nos ha manifestado este designio con el ejemplo que nos dio en la última Cena, cuando, antes de pronunciar las palabras de

la consagración, dio gracias a su Eterno Padre: *Elevatis oculis in coelum, tibi gratias agens*. ¡Oh divina acción de gracias, que nos descubre el fin sublime por el que fue instituido este adorable Sacrificio! ¡Qué invitación tan tierna a conformarnos con nuestro Divino Maestro! Todas las veces, pues, que asistimos a la Santa Misa, sepamos aprovecharnos de este inmenso tesoro, y ofrezcámoslo en testimonio de agradecimiento a nuestro Soberano Bienhechor; y tanto más cuanto que todo el Paraíso, la Santísima Virgen, los Angeles y Santos se regocijan de vernos pagar este tributo de acción de gracias a nuestro augusto Monarca.

13. La venerable Hermana Francisca Farnesia estaba afligida del más vivo sentimiento, viéndose colmada de pies a cabeza de los beneficios divinos, y sin hallar un medio de descargarse de su deuda de gratitud a Dios, satisfaciéndole con una justa recompensa. Un día que se entregaba a estos pensamientos, inspirados por un ardiente amor de Jesús, se le apareció la Santísima Virgen, y colocándole en sus brazos a su Divino Hijo, le dijo: “Tómale; es tuyo, y saca de El todo el provecho posible: con El y sólo con El satisfacerás todas tus obligaciones”. ¡Oh preciosa Misa, por la cual el Hijo de Dios es depositado, no solamente en nuestros brazos, sino también en nuestras manos y hasta en nuestro corazón, para estar enteramente a disposición nuestra: “*Parvulus enim natus est nobis*”.

Con El, pues, con El solo podemos sin duda alguna satisfacer por completo la deuda de gratitud que tenemos con Dios. Aún diré mucho más. Si fijamos bien nuestra atención, veremos que en la Santa Misa damos a Dios, en cierta manera, más de lo que

El nos ha dado, si no en realidad, a lo menos en apariencia, porque el Padre Eterno, no nos dio a su Divino Hijo más que una sola vez, en la Encarnación, mientras que nosotros se lo ofrecemos infinitas veces por medio de este Sacrificio. Parece, pues, que le ganamos en cierto modo, si no por la cualidad del don, puesto que no es posible que lo haya más excelente que el Hijo de Dios, a lo menos por las apariencias, en tanto que ofrecemos este don repetidas veces.

¡Oh gran Dios! ¡Oh Dios de amor! ¡Quién tuviere infinitas lenguas para daros acciones de gracias infinitas por el inmenso tesoro con que nos habéis enriquecido en la Santa Misa! —¿Y cuáles son ahora ¡Oh cristiano lector! tus sentimientos? ¿Has abierto al fin los ojos y reconocido el precio de este tesoro? Si hasta aquí ha sido para ti un tesoro escondido, ahora que comienzas a apreciarlo, ¿podrás prescindir de exclamar en medio de la admiración más profunda: ¡Ah! ¡Qué inmenso tesoro! ¡Qué precioso tesoro!?

5. Cuarta obligación: Implorar nuevas gracias

14. No se limita a lo dicho la inmensa utilidad del santo sacrificio de la Misa. Por ello podemos, además, satisfacer la obligación que tenemos para con Dios de implorar su asistencia y pedirle nuevas gracias. Ya sabes cuán grandes son tus miserias, así corporales como espirituales, y cuánto necesitas, por consiguiente, recurrir a Dios para que te asista y no cese de socorrerte a cada instante, puesto que es el Autor y principio de todo bien, en el tiempo y en la eternidad. Pero, por otra parte, ¿con qué título y con qué confianza te atreverías a pedir nuevos beneficios,

en vista de la excesiva ingratitud con que has correspondido a tantos favores que te ha concedido, hasta el extremo de haberlos convertido contra El mismo para ofenderlo? Sin embargo, no te desanimes, porque si no eres digno de nuevos beneficios por méritos propios, alguien los ha merecido para ti. Nuestro buen Salvador ha querido con este fin ponerse sobre el altar en el estado de Hostia pacífica, o sea un sacrificio impetratorio, para en él alcanzarnos de su Eterno Padre todo aquello de que tenemos necesidad. Sí, nuestro dulce y muy amado Jesús, en su calidad de primero y supremo Pontífice, recomienda en la Misa a su Padre celestial nuestros intereses, pide por nosotros y se constituye abogado nuestro. Si supiéramos que la Santísima Virgen unía sus ruegos a los nuestros para alcanzar del Eterno Padre las gracias que deseamos, ¿qué confianza no tendríamos de ser escuchados? ¿Qué confianza, pues, y aun qué seguridad debemos experimentar, si pensamos que el mismo Jesús intercede en la Misa por nosotros, que ofrece su sacratísima Sangre al Eterno Padre en nuestro favor, y que se hace abogado nuestro? ¡Oh preciosísima Misa, principio y fuente de todos los bienes!

15. Pero es preciso profundizar más en esta mina, para descubrir todos los tesoros que encierra. ¡Ah! ¡Qué dones tan preciosos, qué gracias y virtudes nos alcanza la Santa Misa! En primer lugar, nos proporciona todas las gracias espirituales, todos los bienes que se refieren al alma, como el arrepentimiento de nuestros pecados, la victoria en nuestras tentaciones, ya sean exteriores, como las malas compañías o el demonio, ya sean interiores, como los desórdenes de nuestra carne rebelde: la Misa nos alcanza

los socorros actuales, tan necesarios para levantarnos, para sostenernos y hacernos adelantar en los caminos de Dios. La Misa nos obtiene muchas buenas y santas inspiraciones, muchos saludables movimientos interiores, que nos disponen a sacudir nuestra tibieza y nos mueven a ejecutar todas nuestras acciones con más fervor, con una voluntad más pronta, con una intención más recta y pura, lo cual nos proporciona un tesoro inestimable de méritos, que son otros tantos medios eficacísimos, para alcanzar la gracia de la perseverancia final, de la que depende nuestra salvación eterna, y para tener una certeza moral, la mayor posible de esta vida, de estar predestinados a una feliz eternidad. Además, la Santa Misa nos alcanza también todos los bienes temporales, en tanto que puedan contribuir a nuestra salvación, como son la salud, la abundancia de los frutos de la tierra y la paz; preservándonos a la vez de todos los males que se oponen a estos bienes, como de enfermedades contagiosas, temblores de tierra, guerras, hambre, persecuciones, pleitos, enemistades, pobreza, calumnias e injurias: en suma, de todos los males que son el azote de la humanidad; en una palabra, la Santa Misa es la llave de oro del paraíso: y cuando nos la da el Padre Eterno, ¿qué bienes podrá rehusarnos? El, que no perdonó a su propio Hijo, según expresión del Apóstol San Pablo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó con El todos sus bienes? *“Qui etiam proprio Filio suo non percipit, sed pro nobis omnibus tradidit illum: quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?”*.

Ved, pues, con cuánta razón acostumbraba a decir un virtuoso sacerdote, que aun cuando pidiese a Dios cualquier favor para sí o para otro, al celebrar

la Santa Misa, siempre se le figuraba que nada pedía, si comparaba las gracias que solicitaba de Dios con la ofrenda que le hacía. He aquí cuál era su razonamiento. Las gracias y favores que yo pido a Dios en la Santa Misa, son bienes finitos y creados, mientras que los dones que yo le presento son increados e inmensos, y por consiguiente, todo bien pesado, yo soy el acreedor y Dios el deudor. En esta confianza pedía y alcanzaba muchas gracias del Señor. (Ossor. Conc. 8, t. 4). Ea, pues, ¿cómo no te despiertas? ¿por qué no pides grandes beneficios? Si quieres seguir mi consejo, pide a Dios en todas las Misas que haga de ti un gran santo. ¿Te parece mucho esto? Pues yo creo que no es mucho. ¿No es el mismo divino Maestro quien nos asegura en su Evangelio, que por un vaso de agua dado por su amor nos recompensará con el paraíso? ¿Cómo, pues, en retorno de la ofrenda que le hacemos de toda la sangre de su amadísimo Hijo, no nos daría cien paraísos si los hubiera? ¿Y cómo será posible dudar que no esté dispuesto a concederte todas las virtudes y la perfección necesaria para llegar a ser santo, y un gran santo en el cielo? ¡Oh bendita Misa! Ensancha, pues, animosamente tu corazón, y pide grandes cosas, considerando que te diriges a un Dios que no se empobrece dando, y que cuanto más pidas más alcanzarás.

6. Por la Santa Misa alcanzamos aun aquellas gracias que no pedimos

16. ¿Lo creerías? Además de los bienes que pedimos en la Santa Misa, nuestro buen Dios nos concede otros muchos que no pedimos. Así nos lo dice San Jerónimo con las palabras siguientes: “Sin du-

da alguna Dios nos concede todas las gracias que le pedimos en la Misa, si nos conviene: y lo que todavía es más admirable, nos concede muy frecuentemente aun aquello que no le pedimos, con tal que por nuestra parte no pongamos obstáculos a su generosidad”. “*Absque dubio dat nobis Dominus quod in Missa petimus; et quod magis est saepe dat quod non petimus*”. (Div. Hieronym). De esta suerte, bien puede decirse que la Misa es el sol del género humano, que extiende sus rayos sobre buenos y malos, y que no hay en el mundo una sola alma, por perversa que sea, que no saque algún provecho de la asistencia al santo sacrificio de la Misa, y muchas veces sin pensar en ello ni aun hacer súplica alguna. (S. Hier., Cap. cum Mart. de celebr. Miss.).

Escucha el suceso siguiente, que tuvo lugar en circunstancias bien memorables, según nos lo refiere San Antonino, arzobispo de Florencia. Dos jóvenes, bastante libertinos, salieron juntos un día a una partida de caza. Uno de ellos había asistido antes a la Santa Misa, el otro no. Estando ya en camino, se levantó de repente una violenta tempestad, y en medio de los truenos y relámpagos, oyeron una voz que clamaba: “¡Hiere, hiere!” y luego cayó un rayo y mató al que no había oído Misa en aquel día. Aterrado y fuera de sí el compañero, buscaba dónde salvar su vida, cuando oyó nuevamente la misma voz que repetía: “¡Hiere, hiere!” Ya el infeliz aguardaba la muerte, que creía inevitable, mas pronto fue consolado por otra voz que respondió: “No puedo, porque oyó en el día de hoy el *Verbum caro factum est*”. La Misa, pues, a que había asistido aquella mañana, lo preservó de una muerte tan terrible y espantosa.

¡Ah, cuántas veces el Señor os ha preservado de

la muerte o de muy graves peligros por virtud de la Santa Misa que habíais oído! San Gregorio el Grande así lo afirma en su 4.º Diálogo: *Per auditionem Missae homo liberatur a multis malis et periculis*. Es indiscutible, dice este sabio Pontífice, que el que asiste a la Misa será librado de muchos males y peligros hasta imprevistos. Más aún: según enseña San Agustín, será preservado de una muerte repentina, que es el golpe más terrible que los pecadores deben temer de la Justicia divina. He aquí, pues, conforme a la doctrina del Santo Obispo de Hipona, una admirable prevención contra el peligro de muerte repentina: oír todos los días la Santa Misa, y oírla con la mayor atención posible. El que tenga cuidado de prevenirse con esta salvaguardia tan eficaz, puede estar seguro que no le sucederá tan espantosa desgracia.

Hay una opinión singular, que algunos atribuyen a San Agustín, a saber: que mientras una persona asiste a la Misa no envejece, sino que, durante este tiempo, se conserva en el mismo grado de fuerza y de vigor que tenía al principio de la Santa Misa. No me fatigaré por saber si esto es o no verdad; sin embargo, afirmo que si el que oye Misa envejece en cuanto a la edad, como dice San Gregorio, el que asiste a la Santa Misa con devoción, se conserva en la buena vida, crece constantemente en mérito y en gracia, y adquiere nuevas virtudes que le hacen más y más agradable a su Dios.

A todo lo dicho añade San Bernardo que se gana más oyendo una sola Misa con devoción (entiéndase en cuanto a su valor intrínseco), que distribuyendo todos los bienes a los pobres y marchando en peregrinación a todos los santuarios más venerados del mundo. ¡Oh riquezas inmensas de la Santa Misa! Me-

quita serenamente ante esta verdad: oyendo o celebrando dignamente una sola Misa, considerado el acto en sí mismo y con relación a su valor intrínseco, se puede merecer más que si uno dedicase todas sus riquezas al socorro de los pobres, más que si fuese en peregrinación hasta el fin del mundo, más que si visitase con la mayor devoción los santuarios de Jerusalén, de Roma, de Santiago de Galicia, de Loreto y otros. Dedúcese esta doctrina de lo que enseña el angélico doctor Santo Tomás, cuando dice: “Que una Misa encierra todos los frutos, todas las gracias y todos los tesoros que el Hijo de Dios repartió en su Esposa la Santa Iglesia por medio del cruento sacrificio de la cruz”: In qualibet Missa.

Detente aquí un instante, cierra el libro y no leas más, pero reúne en tu entendimiento todas estas utilidades tan preciosas que nos proporciona la Santa Misa, medítalas atentamente, y después dime: ¿Tendrás todavía dificultad alguna en conceder que una sola Misa (abstracción hecha de nuestras disposiciones, y sólo en cuanto a su valor intrínseco) tiene tal eficacia que, según afirman muchos Doctores, bastaría para salvar todo el género humano? Figúrate, por ejemplo, que Nuestro Señor Jesucristo no hubiese sufrido la muerte en el Calvario, y que en lugar del sangriento sacrificio de la cruz hubiese instituido solamente el de la Misa, y con precepto expreso de no celebrar más que una en el mundo. Pues bien, admitida esta suposición, tan entendido que esta sola Misa, celebrada por el sacerdote más pobre del mundo, hubiera sido más que suficiente, considerada en sí misma y en cuanto al mérito de la obra exterior, para alcanzar la salvación de todas las criaturas. Sí, sí, no me canso de repetirlo, una sola Misa,

en la anterior hipótesis, bastaría para merecer la conversión de todos los mahometanos, de todos los herejes, de todos los cismáticos, en una palabra, de todos los infieles y malos cristianos: bastaría para cerrar las puertas del infierno a todos los pecadores y sacar del purgatorio a todas las almas que están allí detenidas.

¡Oh, qué desdichados somos! ¡Cuánto restringimos la esfera de acción del santo sacrificio de la Misa! ¡Cuánto pierde de su eficacia provechosa por nuestra tibieza, por nuestra indevoción, y por las escandalosas inmodestias que cometemos asistiendo a ella! Que no pueda yo colocarme a una elevada altura para hacer oír mi voz en todo el mundo exclamando: “Pueblos insensatos, pueblos extraviados, ¿qué hacéis? ¿Cómo no corréis a los templos del Señor para asistir sensatamente al mayor número de Misas que os sea posible? ¿Cómo no imitáis a los Santos Angeles, quienes, según el pensamiento del Crisóstomo, al celebrarse la Santa Misa bajan a legiones de sus celestes moradas, rodean el altar cubriéndose el rostro con sus alas por respeto, y esperan el feliz momento del Sacrificio para interceder más eficazmente por nosotros?” Porque ellos saben muy bien que aquél es el tiempo más oportuno, la coyuntura más favorable para alcanzar todas las gracias del cielo. ¿Y tú? ¡Ah! Avergüénzate de haber hecho hasta hoy tan poco aprecio de la Santa Misa. Pero, ¿qué digo? Llénate de confusión por haber profanado tantas veces un acto tan sagrado, especialmente si fueses del número de aquéllos que se atreven a lanzar esta proposición temeraria: Una Misa más o menos poco importa.

7. La Santa Misa proporciona un gran alivio a las almas del purgatorio

17. Para concluir y dar fin a esta instrucción, te haré notar que no sin razón te dije más arriba, que una sola Misa, considerado el acto en sí mismo, y en cuanto a su valor intrínseco, bastaría para sacar todas las almas del purgatorio y abrirles las puertas del cielo. En efecto, la Misa es útil a las almas de los fieles difuntos, no solamente como Sacrificio satisfactorio, ofreciendo a Dios la satisfacción que ellas deben cumplir por medio de sus tormentos, sino también como impetratorio, alcanzándoles la remisión de sus penas. Tal es la práctica de la Santa Iglesia, que no se limita a ofrecer el sacrificio por los difuntos, sino que además ruega por su libertad.

A fin, pues, de excitar tu compasión en favor de estas almas santas, ten entendido que el fuego en que están sumergidas es tan abrasador, que, según pensamiento de San Gregorio, no cede en actividad al fuego del infierno, y que, como instrumento de la divina Justicia, es tan vivo, que causa tormentos insufribles y más violentos que todos los que han sufrido los Mártires y cuanto el humano entendimiento puede concebir. Pero lo que más les aflige todavía, es la pena de daño; porque, como enseña el Doctor Angélico, privadas de ver a Dios, no pueden contener la ardiente impaciencia que experimentan de unirse a su soberano Bien, del que se ven constantemente rechazadas.

Entra ahora dentro de ti mismo, y hazte la siguiente reflexión. Si vieses a tus padres en peligro de ahogarse en un lago, y que con alargarlos la mano los librabas de la muerte, ¿no te creerías obligado a ha-

cerlo por caridad y no por justicia? ¿Cómo es posible, pues, que veas a la luz de la fe tantas pobres almas, quizás las de tus parientes más cercanos, abrasarse vivas en un estanque de fuego, y rehúses imponerte la pequeña molestia de oír con devoción una Misa para su alivio? ¿Qué corazón es el tuyo? ¿Quién podrá dudar que la Santa Misa alivia a estos pobres cautivos? Para convencerte, basta que prestes fe a la autoridad de San Jerónimo. El te enseñará claramente que, “cuando se celebra la Misa por un alma del purgatorio, aquel fuego tan abrasador suspende su acción, y el alma cesa de sufrir todo el tiempo que dura la celebración del Sacrificio”. (S. Hier., c. cum Mart. de celebr. Miss.). El mismo Santo Doctor afirma también que por cada Misa que se dice, muchas almas salen del purgatorio y vuelan al cielo.

Añade a esto que la caridad que tengas con los difuntos redundará enteramente en favor tuyo. Pudiérase confirmar esta verdad con innumerables ejemplos; pero bastará citar uno, perfectamente auténtico, que sucedió a San Pedro Damiano. Habiendo perdido este Santo a sus padres en la niñez, quedó en poder de uno de sus hermanos, que lo trató de la manera más cruel, no avergonzándose de que anduviese descalzo y cubierto de harapos. Un día encontró el pobre niño una moneda de plata. ¡Cuál sería su alegría creyendo tener un tesoro! ¿A qué lo destinaría? La miseria en que se hallaba le sugería muchos proyectos; pero después de haber reflexionado bien, se decidió a llevar la moneda a un sacerdote para que ofreciese el sacrificio de la Misa para las almas del purgatorio. ¡Cosa admirable! Desde este momento la fortuna cambió completamente en su favor. Otro de sus hermanos, de mejor corazón, lo re-

cogió, tratándolo con toda la ternura de un padre. Lo vistió decentemente y lo dedicó al estudio, de suerte que llegó a ser un personaje célebre y un gran Santo. Elevado a la púrpura, fue el ornamento y una de las más firmes columnas de la Iglesia. Ve, pues, cómo una sola Misa que hizo celebrar a costa de una ligera privación, fue para él principio de utilidades inmensas.

¡Oh, bendita Misa, que tan útil eres a la vez a los vivos y a los muertos en el tiempo y en la eternidad! En efecto, estas almas santas son tan agradecidas a sus bienhechores, que, estando en el cielo, se constituyen allí sus abogadas, y no cesan de interceder por ellos hasta verlos en posesión de la gloria. En prueba de esto voy a referirte lo que le sucedió a una mujer perversa que vivía en Roma. Esta desgraciada, habiendo olvidado enteramente el importantísimo negocio de su salvación, no trataba más que de satisfacer sus pasiones, sirviendo de auxiliar al demonio para corromper la juventud. En medio de sus desórdenes todavía practicaba una buena obra, y era mandar celebrar en ciertos días la Santa Misa por el eterno descanso de las almas benditas del purgatorio. Efecto de las oraciones de estas almas santas, como se cree piadosamente, sintióse un día aquella infeliz mujer sorprendida por un dolor de sus pecados tan amargo, que de repente, y abandonando el infame lugar donde se encontraba, fue a postrarse a los pies de un celoso sacerdote para hacer su confesión general. Al poco tiempo murió con las mejores disposiciones y dando señales de las más ciertas de su predestinación. ¿Y a qué podremos atribuir esta gracia prodigiosa, sino al mérito de las Misas que ella hacía celebrar en alivio de las almas del purgatorio? Des-

pertemos, pues, del letargo de nuestra indevoción, y no permitamos que los publicanos y mujeres perdidas se nos adelanten en conseguir el reino de Dios (Mt. 21,31).

Si fueses del número de aquellos avaros, que no solamente quebrantan las leyes de la caridad descuidando la oración por sus difuntos y no oyendo, al menos de tiempo en tiempo, una Misa por estas pobres almas, sino que, hollando los sagrados fueros de la justicia, rehúsan satisfacer los legados piadosos y hacer celebrar las Misas fundadas por sus antepasados o que, siendo sacerdotes, acumulan un considerable número de limosnas, sin pensar en la obligación de cumplirlas a tiempo, ¡ah! avivado entonces por el fuego de un santo celo, te diré cara a cara: Retírate, porque eres peor que un demonio; porque los demonios al fin sólo atormentan a los réprobos, pero tú atormentas a los predestinados; los demonios emplean su furor con los condenados, pero tú descargas el tuyo sobre los elegidos y amigos de Dios. No, ciertamente: no hay para ti confesión que valga, ni confesor que pueda absolverte, mientras no hagas penitencia de tal iniquidad y no llenes cumplidamente tus obligaciones con los muertos. Pero, Padre mío, dirá alguno, yo no tengo medios para ello... no me es posible... ¿Conque no puedes? ¿Conque no tienes medios? ¿Y te faltan por ventura para brillar en las fiestas y espectáculos del mundo? ¿Te faltan recursos para un lujo excesivo y otras superfluidades? ¡Ah! ¿Tienes medios para ser pródigo en tu comida, en tus diversiones y placeres y... quizás en tus desórdenes escandalosos? En una palabra, ¿tienes recursos para satisfacer tus pasiones, y cuando se trata de pagar tus deudas a los vivos, y lo que aún

es más justo, a los difuntos, no tienes con qué satisfacerlas? ¿No puedes disponer de nada en su favor? ¡Ah! te comprendo: es que no hay en el mundo quien examine esas cuentas, y te olvidas en este asunto de que te las ha de tomar Dios. Continúa, pues, consumiendo la hacienda de los muertos, los legados piadosos, las rentas destinadas al Santo Sacrificio; pero ten presente que hay en las Santas Escrituras una amenaza profética registrada contra ti; amenaza de terribles desgracias, de enfermedades, de reveses de fortuna, de males irreparables en tu persona y en tu reputación. Es palabra de Dios, y antes que ella deje de cumplirse faltarán los cielos y la tierra. La ruina, la desgracia y males irremediables descargarán sobre las casas de aquéllos que no satisfacen sus obligaciones para con los muertos. Recorre el mundo, y sobre todo los pueblos cristianos, y verás muchas familias dispersas, muchos establecimientos arruinados, muchos almacenes cerrados, muchas empresas y compañías en suspensión de pagos, muchos negocios frustrados, quiebras sin número, inmensos trastornos y desgracias sin cuento. Ante este cuadro tristísimo exclamarás sin duda: ¡Pobre mundo, infeliz sociedad! Ahora bien, si buscas el origen de todos estos desastres, hallarás que una de las causas principales es la crueldad con que se trata a los difuntos, descuidando el socorrerlos como es debido, y no cumpliendo los legados piadosos: además, se cometen una infinidad de sacrilegios, es profanado el Santo Sacrificio, y la casa de Dios, según la enérgica expresión del Salvador, es convertida en cueva de ladrones. Y después de esto, ¿quién se admirará de que el cielo envíe sus azotes, el rayo, la guerra, la peste, el hambre, los temblores de tierra y todo género de casti-

gos? ¿Y por qué así? ¡Ah! Devoraron los bienes de los difuntos, y el Señor descargó sobre ellos su pesado brazo: "*Lingua eorum et adinventiones eorum contra Dominum. (...) Vae animae eorum, quoniam reddita sunt eis mala*". Con razón, pues, el cuarto Concilio de Cartago declaró excomulgados a estos ingratos, como verdaderos homicidas de sus prójimos; y el Concilio de Valencia ordenó que se los echase de la Iglesia como a infieles.

Todavía no es éste el mayor de los castigos que Dios tiene reservado a los hombres sin piedad para con sus difuntos: los males más terribles les esperan en la otra vida. El Apóstol Santiago nos asegura que el Señor juzgará sin misericordia, y con todo el rigor de su justicia, a los que no han sido misericordiosos con sus prójimos vivos y muertos: "*Iucidium enim sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*". El permitirá que sus herederos les paguen en la misma moneda, es decir, que no se cumplan sus últimas disposiciones, que no se celebren por sus almas las Misas que hubiesen fundado, y, en el caso de que se celebren, Dios Nuestro Señor, en lugar de tomarlas en cuenta, aplicará su fruto a otras almas necesitadas que durante su vida hubiesen tenido compasión de los fieles difuntos. Escucha el siguiente admirable suceso que se lee en nuestras crónicas, y que tiene una íntima conexión con el punto de doctrina que venimos explicando. Aparecióse un religioso después de muerto a uno de sus compañeros, y le manifestó los agudísimos dolores que sufría en el purgatorio por haber descuidado la oración en favor de los otros religiosos difuntos, y añadió que hasta entonces ningún socorro había recibido, ni de las buenas obras practicadas, ni de las Misas que se le ha-

bían celebrado para su alivio; porque Dios, en justo castigo de su negligencia, había aplicado su mérito a otras almas que durante su vida habían sido muy devotas de las del purgatorio. Antes de concluir la presente instrucción, permíteme que arrodillado y con las manos juntas te suplique encarecidamente, que no cierres este pequeño libro sin haber tomado antes la firme resolución de hacer en lo sucesivo todas las diligencias posibles para oír y mandar celebrar la Santa Misa, con tanta frecuencia como tu estado y ocupaciones lo permitan. Te lo suplico, no solamente por el interés de las almas de los difuntos, sino también por el tuyo, y esto por dos razones: primera, a fin de que alcances la gracia de una buena y santa muerte, pues opinan constantemente los teólogos que no hay medio tan eficaz como la Santa Misa para conseguir este dichoso término. Nuestro Señor Jesucristo reveló a Santa Matilde, que aquél que tuviese la piadosa costumbre de asistir devotamente a la Santa Misa, sería consolado en el instante de la muerte con la presencia de los Angeles y Santos, sus abogados, que le protegerían contra las acechanzas del infierno. ¡Ah! ¡Qué dulce será tu muerte si durante la vida has oído Misa con devoción y con la mayor frecuencia posible!

La segunda razón que debe moverte a asistir al Santo Sacrificio es la seguridad de salir más pronto del purgatorio y volar a la patria celestial. Nada hay en el mundo como las indulgencias y la Santa Misa para alcanzar el precioso favor, la gracia especial de ir derechamente al cielo sin pasar por el purgatorio, o al menos sin estar mucho tiempo en medio de sus abrasadoras llamas. En cuanto a las indulgencias, los Sumos Pontífices las concedieron pródigamente a los